

### III

#### La ciudad: Los últimos hebreos

Beatriz sabía que su familia había habitado la ciudad por muchos siglos. Según Don Ysaac sus antepasados llegaron a la costa de Barcelona durante la época de los fenicios. Habían sido mercaderes. Don Ysaac la llevaba al puerto y allí, mientras le contaba la historia de la familia, le había mostraba las casas que habían sido construidas por sus abuelos.

Los orígenes de la Bella Laie, como la llamaron los césares romanos, se pierden en la historia. Los romanos la enriquecieron y la protegieron, dotándola de parques, jardines y monumentos. Durante la Edad Media se convirtió en el codiciado puerto de navegantes, comerciantes, soldados y aventureros que llegaban agobiados de sus viajes marítimos y otros ansiosos de mejorar la fortuna. Se comparaba a Barcelona con Florencia debido a su limpieza.

Durante el período medieval, los judíos habían introducido cultivos y se especializaron en la recaudación de impuestos. Sus servicios eran protegidos y necesitados tanto por los moros como por los cristianos. Los mercaderes judíos crearon un comercio de intercambio internacional. Llevaban productos manufacturados en el norte de África a Barcelona. Importaban tejidos de Inglaterra y Francia y tenían familias en las casas bancarias más prosperas de Europa. Habían construido casas señoriales afuera y dentro del Call. En el siglo doce habían edificado un baño con piscinas de agua fría y caliente.

Pero de todos estos enriquecimientos culturales ya nada quedaba en la época de Beatriz, pues desde 1401 se les había prohibido que se establecieran en la ciudad. Probablemente habitaban el Call unas sesenta familias que se dedicaban a

trabajos artesanales. La mayoría, claro está, no practicaba la religión. Pero el recinto hebreo, por algún misterioso motivo, atraía el odio del populacho.

En el diario, Beatriz explica que tenían muy pocos amigos y que solamente tres adineradas familias mantenían hogares en el Call. Asistían a las reuniones en la casa del rabino. La sinagoga **Scoles Majores** había sido destruida.

Los médicos y los comerciantes, cuyas flotas surcaban el Mediterráneo, habían sido aceptados por los nobles. Sus mansiones se encontraban en los alrededores de la **Plaça de Santa Ana**, cerca de los palacios de las grandes familias catalanas, como los Adarrvón, los Grony, los Durfort. Los Gresca y los Adret se habían mudados a los barrios cristianos.

Algunos artesanos judíos que vivían en el **Carrer de Lledó** eran tolerados solamente por los servicios que prestaban a la comunidad—los relojeros, los calceteros, los herreros y los que trabajaban en lencerías y sedas. Otros habían empobrecido de tal forma que necesitaron emplearse como domésticos de los nobles.

A veces se veía mendigos entrar en las casas en ruina del Call. Don Ysaac sospechaba que los últimos días de su familia en Barcelona se aproximaban.

Siglos antes de Beatriz, los judíos habían sufrido persecuciones. Cuando la peste azolaba durante los meses de estío, el pueblo atacaba el Call. Las masacres no perdonaban a hombres, ni mujeres ni a niños. En cuanto aparecían los primeros casos, las familias adineradas abandonaban la ciudad y se refugiaban en las casas de campo. Los campesinos quemaban las casas y las haciendas. Se abandonaba todo lo que parecía que se había contagiado. La pestilencia creaba verdaderos estragos.

La turba explicaba que eran los judíos que infectaban las murallas con polvos del oriente. Muchos creían estas calumnias.

El fin de la próspera comunidad hebrea ocurrió durante las masacres del año 1391. Los vendedores de especies y de seda

desaparecieron del Call. Algunas casas se cerraron y nunca se supo quiénes habían sido sus dueños. Otras viviendas habían quedado tan dilapidadas que parecían verdaderos conventillos.

Fue en ese entonces cuando humildes cristianos se mudaron al Call.

Pero a pesar de que los habitantes se sentían herederos de una misteriosa tradición, se vivía en una continua violencia.

Cuando Beatriz narra su historia, Barcelona tenía alrededor de diez mil almas. Estaba rodeada de un murallón de piedras. En el barrio del palacio, que estaba encerrado por la Rambla, la Muralla, la Plaza de Santa Ana, la calle del Obispo, el Call y la calle Bocaria, Vivían unas tres mil personas. Al otro lado de la Rambla se encontraban los arrabales.

La Lonja, o la casa de comercio, en donde se reunían los mercaderes a concretar sus negocios, era un importante edificio con cuatro columnas y seis arcos sostenidos por un techo de madera dorada. En la planta baja se encontraba un amplio salón y en un segundo piso una serie de aposentos que miraban hacia el mar.

A fines del siglo XV, la ciudad comenzó a decaer. Los caminos eran peligrosos, así como las angostas, silenciosas y secretas callejuelas. Durante la noche pululaban mendigos, soldados, gente del puerto. Las emboscadas, las citas amorosas, así como las rivalidades políticas se resolvían al entrar la oración.

Sería solamente años después del descubrimiento del Nuevo Mundo y cuando ya la familia de Beatriz había dejado España para siempre, que Barcelona comenzó a florecer nuevamente.

## IV

### La vida cotidiana

El Palacio de la familia Altbruc Bidaura Ramaya era uno de los mejores edificios que quedaban en el Call. Parecería que hubiera estado ubicado en el Carrer de Sant Ramón del Call, pasando la esquina del Carrer Marlet, pues Beatriz anota que la casa del rabino quedaba a una corta distancia.

Beatriz no describe la fachada exterior, pero indica que era de piedra. Estos sólidos muros parecían haber sido construidos para proteger a la familia de los males que la rodeaban.

Probablemente, la sobriedad exterior no denotaba el lujoso interior. Por la información que da Beatriz es como si su intención hubiera sido comparar el interior de su hogar con el de los Montcada. Se sabe que Martí de Montcada tenía uno de los pocos palacios en el siglo XIII. Tal vez, el sufrimiento aumentara la visión y el cariño de Beatriz por su hogar.

Parecería que la entrada principal daba al **Carrer Sant Ramón del Call**. Una sólida verja de hierro cerraba esta entrada. A continuación de un pequeño zaguán de baldosas verdes y anaranjadas, una segunda puerta de madera, labrada al estilo árabe e incrustado con diseños de flores y pájaros, daba a un jardín interior.

Sobre el capitel, colgaba un escudo de madera con una leyenda en hebreo que decía "Salva Señor a tu pueblo y bendice a tu heredad."

Las habitaciones de los tres pisos del palacio se abrían a galerías que rodeaban en forma de espiral el jardín. En la planta baja un sinnúmero de pequeños cuartos estaban dedicados a la cocina, a los baños, a las lavanderías, a las cavas, o bodegas de vinos, y a una lencería, en donde las criadas mantenían la ropa

de cama. En uno de los sótanos había una sección artesanal para los reparos del palacio.

Al lado de la cocina, se guardaban los comestibles en unas alacenas con anaqueles. Las vajillas que la familia había heredado de sus antepasados se encontraban en unos armarios al lado de la cocina.

A pesar de que Sarah, la vieja sirvienta, iba al mercado todos los días, a Astruga le gustaba tener arroz y vituallas en la despensa. En el verano, Sarah cocinaba en fogones más modestos.

La lavandería y los baños se encontraban cerca de los aljibes, de donde las criadas sacaban agua con acetres. Las alcarrazas, o tinajas, tenían agua fresca. Un acueducto de ladrillos conducía el agua a los baños y a la cocina. En los baños las mujeres cumplían las abluciones semanales. Estos estaban separados de la cocina por un murallón de piedra. Eran unas simples habitaciones con pisos de baldosa. Unas alfombras orientales cubrían las baldosas y varios almohadones rodeaban una fuente. Unas antiguas tinajas completaban la decoración. Las paredes eran pintadas de blanco todos los años y por ser tan lisas y limpias se asemejaban al mármol. No pendían de ellas ningún adorno. Durante los meses de invierno, se quemaba leña en un brasero para calentar los ambientes.

Durante el estío, Sarah colgaba tinajas con flores en la entrada de los baños. Cortinas de gruesa paja cubrían dos ventanales por los cuales se filtraba una tenue luz.

Los baños eran un lujo que muy pocas familias podían permitirse. En general la población era ajena a estas prácticas sanitarias. Un segundo acueducto se encontraba cerca de las habitaciones de los sirvientes y en este se vaciaban "las vasijas de noche."

La bodega era el orgullo de Don Ysaac. Todos los años para la Fiesta de Ester, sus amigos franceses le enviaban barriles de vino. Pero según Sarah, no había como el jerez español.

Numerosas ventanas de luz de los sótanos daban a la calle. Estas ventanas estaban protegidas por anchos barrotes de hierro que se encontraban sólidamente embutidos en los rocosos muros.

En un sótano, adyacente a la proveeduría, debajo de la cocina, se guardaban cuadros y muebles que la moda de los tiempos había hecho desechar.

Sarah había ubicado una inmensa pajarera de hierro y alambre al lado de la entrada de la cocina. Cuidaba de los pájaros y los alimentaba. Hablaba con ellos como si fueran sus niños. Una serie de pequeños discos de cobre habían sido colgados en uno de los muros del jardín. Estos al ser movidos por el aire creaban una agradable melodía.

Un muro en el jardín al lado de una fuente, separaba lo que Astruga consideraba "su jardín." En el centro estaba ubicada una pérgola con trepadoras que florecían la mayor parte del año. Durante los meses de estío, la familia recibía a los amigos en el jardín.

Por las noches los sirvientes encendían antorchas.

A la izquierda de la cocina había un oscuro corredor que conducía a las habitaciones de los criados y al portón de servicio que abría a la misma calle que la puerta principal, pero estaba retirado de esta por unos cien pies. Antiguamente, había sido solamente una tapia, pero en años recientes, Don Ysaac la había hecho cambiar por un portal de hierro con lanzas en la parte superior para evitar la entrada de intrusos.

Una escalera de piedra con diseños en las columnas conducía a la galería del segundo piso. Allí estaban los comedores, las salas de costuras, el amplio salón de baile y unas dos habitaciones con libros y mesas en donde las jóvenes estudiaban cuando las visitaban los maestros. Otras pequeñas habitaciones, que servían de sala de estar, eran conocidas por salón azul, el salón verde o el salón de oro o de plata, de acuerdo a la decoración principal. Los muros de estas habitaciones tenían delicados diseños de lirios amarillos y blancos en el cielo raso. Masivas puertas de madera las

separaban de la galería cuyo piso habían sido diseñados con mosaicos y arcos al estilo mudéjar. Los salones del segundo piso tenían amplios balcones de madera con retorcidas rojas y adornos de hierro. Estos balcones daban a la calle, pero nunca se abrían.

Las escaleras que conducían al resto de los pisos eran de madera.

El tercer piso tenía angostos ventanales en forma de ojiva con verjas de hierro forjado, menos amplios que los del segundo piso. Pero en los últimos meses, Astruga había prohibido abrir los ventanales aun del tercer piso. Tal era la angustia de los tiempos que había ordenado a los sirvientes que pusieran trabas de madera para asegurarse que nadie pudiera abrirlos desde el exterior, a pesar de que la entrada por los mismos hubiera sido imposible.

En este tercer piso unas seis habitaciones servían de dormitorio para la familia y para los amigos de Francia o Italia. Estaban decoradas con tapices orientales, muy al gusto de la época. Alfombras bordadas a mano, que eran quitadas durante el verano, adornaban el suelo de laja. En algunas, había cuadros al óleo, en otras pinturas de flores. La puerta del dormitorio de Astruga estaba elaboradamente decorada con incrustaciones de metal. Al lado de la cama, había colgado una pintura al óleo de sus hijas. Los muebles de las alcobas habían sido comprados en el oriente y en Italia. Una cortina de terciopelo en el invierno y de seda en el verano rodeaba las camas de madera. Astruga había ubicado pesados bargueños que servían para guardar la vestimenta.

En este mismo tercer piso estaban las bibliotecas, que contenían más de cien volúmenes, y un salón de música con una pianola y un arpa. Las bibliotecas eran lugares misteriosos y secretos y se podría decir, sagrados. Los antiguos libros creaban un ambiente propicio para la meditación y el estudio. Don Ysaac se encerraba al anochecer, después de la merienda, y trabajaba hasta las primeras horas de la mañana.

En una de las bibliotecas, Beatriz soñaba. Escribía poemas y dibujaba plantas y flores.

Dos torres de unos diez pies de altura se levantaban erguidas en cada esquina del palacio. Una de ellas tenía un campanal con unos bancos de madera. La azotea, entre las torres, servía para airear la ropa de cama. Se penetraba a esta solamente por la torre este. Astruga había prohibido a sus hijas subir a la azotea.

Las chimeneas de las habitaciones, o **llar de foc**, eran encendidas por Saltiel y Jacobo todas las mañanas. La habitación, en donde Astruga y sus hijas se reunían a bordar, tenía un brasero de metal en donde se quemaba aceite de oliva que impregnaba la atmósfera.

Lo que hoy llamaríamos el salón comedor, tenía una mesa y asientos para diez personas, pero era usado raras veces y solamente cuando Don Ysaa daba conferencias. La familia comía las meriendas en el estrado de cumplimiento. En pequeñas mesitas los sirvientes traían los confites.

Don Ysaac era medico, como lo había sido su padre y su abuelo. Había escrito numerosos tratados, Uno de ellos sobre la "Cura de la piedra y de la hijada?" que sorprendió a la comunidad académica. Don Ysaac había acumulado gran riqueza con sus ideas sobre nuevos métodos curativos que promovían la higiene personal como prevención de las innumerables enfermedades infecciosas que eran endémicas en la sociedad. Una vez al mes había dictado cátedra en la Academia de Barcelona. Que había sido elevada a Studi General. Su honestidad lo llevó a ser el médico de la familia real.

El Obispo visitaba el palacio una vez al mes. Don Ysaac había aceptado la propuesta del rey que escuchara a los religiosos católicos ya que probablemente deseaba que la familia se convirtiera. Don Ysaac, más que nada por Astruga y sus hijas, aceptó el pedido del rey. Dulcía y Beatriz comían junto con sus padres y el obispo. Escuchaban intensamente las discusiones de filosofía y de las Sagradas Escrituras. Don Ysaac era un hombre culto y respetaba la religión cristiana. Las discusiones religiosas habían existido abiertamente en las

plazas, pero en los últimos meses, se las hacía en privado debido al temor con el que se vivía.

Don Ysaac prendía las velas del Sabath en una de las bibliotecas y solamente sus hijas y Astruga participaban de la ceremonia. Les tenían miedo a los sirvientes. El rabino les había explicado que era mejor que nadie los viera, ya que muchos se habían convertido y nunca se sabía con seguridad si quiénes eran delatores. Anteriormente los sirvientes de confianza los habían acompañado. Los viernes Sarah extendía una mesa en la puerta principal y sobre un mantel rústico ubicaba una suculenta olla de cebolla, queso, olivas y alcachofas. Los mendigos pasaban el día disfrutando del regalo de la familia.

En otras épocas la familia había tenido treinta escuderos. Cuando Don Ysaac necesitaba escuderos para que acompañaran a Astruga o a sus hijas, Saltiel contrataba a hombres de confianza.

Beatriz tenía especial predilección por Agoi, la joven sirvienta que había crecido en su hogar. Los rumores eran que había sido hija de Sarah, quien la había traído al palacio cuando tenía apenas cinco días. Dijo que una mujer se la había entregado en cuanto nació. Ago, morena y esbelta, parecía verdaderamente una princesa. Sarah en cambio era baja y rellena y su pragmatismo impresionaba a Beatriz. Beatriz y Dulcia llevaban una apacible vida adentro de las murallas del palacio. Si bien Don Ysaac les había relatado las matanzas del año 1391, las jóvenes escuchaban a su padre como si el relato fuera lejano, pero en los pasados meses se acercaron a la realidad. Extrañaban las salidas con Agoi y Sarah. Años atrás, los escuderos las acompañaban, estos iban delante de las jóvenes asegurándose que las calles estuvieran limpias sin desechos de la noche anterior.

A Beatriz le gustaba escuchar el bullicio de las mujeres del pueblo que compraban, vendían y gritaban. Creaban una atmósfera sensual que la atraía irresistiblemente. Encontraban vendedores de **faveras bullidles, calendedor d'aigua**, el de

**rossellonès de gavies i rateres.** Algunos cantaban "**tortillas de leche o pucherillos de nata.** Las **pallstaire** hacían resonar la voz "**¿Qui vol un pollastret?**"

No faltaban hombres que cantara "**herbari de Montserrat.**" Sarah les había prohibido conversar con los vendedores ambulantes. Cuando encontraban mujeres sin mantos, con la cabellera suelta y moviendo las caderas como en una danza, Sarah encogía los hombros como diciendo, "¿Quiénes serán estas?" Su mirada no dejaba duda que eran mujeres reprehensibles. Beatriz le pedía que llegaran hasta La Plaza del Ángel cerca del mar en donde encontraban pescadores. Sarah prefería caminar por la calle Montcada, ya que se había convertido en el centro de la ciudad desde hacía más de un siglo. Los conversos habían construido suntuosas mansiones en el barrio.